

El Canal

JOSE MANUEL RODRIGUEZ*

El río rompe en dos al barrio como una cuchillada. El río viene del centro repleto de aguas negras y de papeles. Las malas noticias también vienen del centro, los buses y el bullicio, los predicadores y los vendedores de aspiradoras. Yo jamás he ido al centro, y hoy más que nunca deseo quedarme aquí, así me den las dos de la mañana, esperando a que pase raudo el cuerpo de Andrés sobre la creciente. Andrés me dijo antes de irse que el centro es alto y vacío. Me invitó a conocerlo tomada de su mano y yo no fui, prefiero pasar mis días sentada, con las piernas colgando y descalza, amparada por las aguas y los pitazos, a irme a caminar por sitios desconocidos. El puente, ahí lo ven, es angosto como un silbido, su pintura roja ya está descascarada por la lluvia y el sol, y porque los chiquillos raspan contra sus barandas las tapas de gaseosa. Es un puente desamparado y peligroso. Yo escucho las canciones desgarradas de los borrachos y una o dos veces por semana me despierto arrullada por las sirenas de las ambulancias o por los disparos. Aquí atracan y matan al anochecer cuando yo ya estoy dormida en el tubo, yo no he visto, dicen. Lo que yo vi la otra vez fue un cuerpo, roto y pálido, recostado contra aquel portón blanco de listas azules, donde viven los gitanos. Andrés dice que vio en la madrugada de la última navidad, época de las grandes lluvias, un cuerpo zangoloteado por la creciente del río. Estaba subido en la cresta de las aguas, dijo: agazapado entre un colchón viejo. Nadie le creyó, en todas las esquinas se burlaron de él. El río, le decían, arrastra puertas, latas, ¿pero cadáveres?, seguro viste un balón de fútbol o el cuerpo achicharrado de un perro y te confundiste, hombre. Andrés tiene fama de ser mentiroso, el otro día dijo que

* Miembro del Taller de Escritores de la Universidad Central. Con este cuento ganó el Primer premio del Concurso nacional ciudad de Barrancabermeja 1987.

había visto al cabo Sanmartín y a doña Maruja muy apretaditos en las bancas traseras del teatro Ezio. Regó el chisme por todo el barrio. Por poco hace meter en un lfo al esposo de doña Maruja, el viejo juró y rejuró que iba a matar a Sanmartín con sus propias manos. Yo no hubiera llorado por Sanmartín, él es malo con los muchachos del barrio fumadores de nubes, les pega y les quita la plata. Amenaza con llevarlos a la inspección y encerrarlos un mes y los muchachos se asustan y empiezan a llorar. No todos, los más curtidos o los ladrones, especialmente uno que siempre me propone cosas y al que le dicen Belcebú, bromean con él y le pasan un billete doblado o una grabadora y se pierden barrio adentro a disfrutar la noche. Las viejas de la Cincuenta y tres, que pasan todo el día en los portales, dicen que Sanmartín es así con los jóvenes porque tiene un hijo loco a causa de la droga. Andrés me contó que el desgraciado está, desde hace ocho años, perdido en un viaje de hongos, como tú, dijo, yo no lo entiendo, pero en contra de lo que dice la gente, y desde que es mi amigo, le creo todo. Por más justificaciones que inventen yo no hubiera llorado por Sanmartín, por el esposo de doña Maruja sí, él es una buena persona. Yo lo he visto borracho, con la herramienta al hombro, tratando de caminar por esa baranda, trastabillea y cae siempre al lado de acá y se levanta muerto de risa a intentarlo de nuevo. Yo creo que el cabo Sanmartín debe venir del centro, estoy segura.

El aire frío y filudo penetra por los agujeros de mi falda. El viento, sobre todo cuando pasan peleándose las busetas, enreda mis cabellos. Todas las busetas son iguales, desbocadas, blancas y rojas, van hasta el centro y regresan a los barrios del Enigma atestadas de estudiantes que se burlan de mí, me tiran cáscaras y cartuchos de hoja de cuaderno. Buscan que me enoje pero no lo van a lograr, ignoran que me gusta sentir su ajetreo de avispas y ver sus uniformes multicolores moviéndose como en una fiesta.

Al mediodía pasan los chiquillos del Allamano siempre acompañados por una persona mayor ya que les tienen prohibido cruzar solos la Tercera. No es para menos, hace tres días un camión sin frenos mató a la viejita que vendía frutas en la puerta de la iglesia. Yo no quise ir a mirarla, los muertos me llenan de miedo y luego no me dejan dormir las pesadillas. Preferí, mientras los curiosos se agolpaban ante el cuerpo de canario, quedarme aquí esperando a que salieran las niñas del Pío XII. Me gusta más la vida que la muerte, quiero recordar sus gritos destemplados de naraaanjas y recordar su cuerpo doblado bajo el peso del canasto, y recordarla

para siempre en mitad de la avenida aplastada como una rata. Y no es que yo le tenga odio a las ratas, pero en ocasiones, cuando me lleno de música y como de besos por dentro, acaricio sus cuerpos calienticos de piel café y dejo que me muerdan los dedos y aquí, en la parte gorda de mi mano. Las ratas no saben nadar, siempre que llueve en los cerros del centro se crece el río y las atrapa, las pobres gritan piuuf piuuf y agitan sus colas deslizándose rumbo a la Cincuenta y seis. Depende, si estoy rara, con el cosquilleo en el estómago o con ganas de que alguien me abrace, me dan deseos de tirarme al río a rescatarlas, pero no sé nadar. Me quedo llorando aferrada a los barrotos y pensando en el futuro de las ratas pequeñas. Si estoy en un momento de rabia grito y maldigo, Andrés me enseñó a decir groserías para contestarle a los trabajadores del Acueducto que pasan apiñados como reses en una volqueta, y me alegro de que las ratas se hayan ahogado. Por tontas, digo para mí. La rabia se me quita pronto y luego, a la noche, no puedo borrarle de la mente sus piuuf piuuf melancólicos.

Todas las noches llueve sobre el barrio. La lluvia cae destructora sobre las casas y los impermeables, oscureciendo al sol. Los muchachos, me lo dijo Andrés, caminan frenéticos por la Sesenta y por la cuadra de la Virgen hasta las Américas, se tiran agua a patadas y salpican a la gente, persiguen en los charcos el reflejo de las mujeres que llevan falda corta. La verdad soy tan tonta que no comprendí del todo lo que quiso decirme. Me subí la falda y le pregunté a Andrés qué era lo que querían mirarle a las mujeres. Andrés se asustó tanto que pasó la Tercera sin mirar, hasta casi lo atropella un Sidauto que venía por la avenida como un mal pensamiento. Molesto, duró como veinte días sin venir a visitarme y a su regreso me pidió que nunca volviera a hacer una cosa así. Por lo menos frente a mí, dijo. Yo no le hice caso, ahora, por ejemplo, subo mi falda y le muestro mi cuerpo a la gente de la prisa. Las mujeres chillan y se tapan los ojos y los hombres fingen no verme y voltean a mirar para otro lado, me observan a hurtadillas.

Los amigos de Andrés me gustan todos los días menos los sábados. Los sábados en la tarde recorren el barrio con el gesto duro y la rabia fácil, me llenan de miedo. Yo sólo le temo a los aviones, a Belcebú, a las arañas negras de nueve patas a la muerte y a los muchachos cuando salen de cine. Andrés es distinto a todos. Yo cada que veo a Andrés empiezo a respirar a toda velocidad. Me pierdo mirando a lo lejos y recuerdo al día que me hizo un barco de papel periódico y un gorro o la noche en que me presentó a su

novia. Esa noche quise que lloviera fuerte en el centro para que se ahogaran todas las ratas y me sentí como se deben sentir los postes y los semáforos.

El sábado pasado yo estaba empujada contando estrellas y los muchachos se acercaron silenciosos a mi espalda y me lanzaron al vacío. Yo me agarré como pude de la baranda y los miré en lo alto, vi sus rostros adustos y vi el tacón de sus botas subir y bajar hasta mis dedos; los muchachos estuvieron un rato burlándose de mí y luego se alejaron fumando y hablando de mujeres y de billares ruidosos y me dejaron abandonada allí hasta que pasó el esposo de doña Maruja y me ayudó a subir. ¿Qué sería de mí si él estuviera preso en una cárcel del centro por haber matado a Sanmartín? Y el domingo en la tarde regresaron y amarraron el pastor alemán del taller a mi falda y gritaron ucha, perrito, le lanzaron palos y piedras y uno que se llama Marcos le tiró medio ladrillo. Yo me desperté y corrí por el puente tratando en vano de alejar los latidos. Agarré el perro por la cola y retiré sus colmillos de mis muslos, lo arrojé al río y grité al notar que se llevaba entre la boca la mitad de mi falda. Mi grito asustó a los muchachos y los obligó a perderse en carrera por la esquina de la iglesia y la panadería. Yo corrí detrás devolviéndoles las pedradas y las groserías. Marcos se detuvo y me tiró una piedra y yo sentí que el bombillo del poste y el letrero de la floristería explotaban en mi cabeza y me caí. Un viejito intentó defenderme y Centauro y Nikolka lo empujaron y le rompieron en tres el bastón, además le quitaron el sombrero y se lo arrojaron al tejado del gimnasio. A mí me apartaron de una patada y se marcharon caminando por el centro de la calle haciéndole la guerra a los carros y acariciando pechos y traseros. Yo, fascinada por sus carcajadas, los seguí rumbo a las calles que nunca había pisado. El cabo Sanmartín me alcanzó en la esquina del Dragón Borracho y me amenazó con su bolillo. Quiero encontrármelos de frente, dijo. Yo me asusté por Andrés e intenté escapar. ¿Son ellos?, le preguntó Sanmartín al viejito del bastón. Sí, respondió el viejo y señaló a los muchachos que estaban en la puerta de la taberna. Sanmartín se acomodó la gorra, fue, ordenó y regresó satisfecho, llevándoselos a todos camino a la inspección. Yo los seguí de lejos, confundida entre las canecas de basura. Sanmartín, en un raptó de ira, regañó a Andrés, le quitó los papeles, la plata, y le pegó un puntapié en la espalda. El quejido de Andrés me hizo enojar y yo corrí con un palo en la mano. Apunté, respiré fuerte y escuché caer el cuerpo de Sanmartín contra el asfalto. Los muchachos aprovecharon el desorden de mi aparición y se

escaparon, me dejaron allí sola y sin saber cómo regresar al río. Yo, que soy tan despistada y no logro distinguir la Treinta de la Sesenta y ocho, anduve por las calles alargando el oído, tratando de escuchar el prucuprú prucuprú de las aguas. Me senté rendida en una silla del parque Resurrección, huérfana, ya extrañando la compañía de mi puente y la tibieza antigua del tubo tapado. Lloré por sentirme tan sola en medio de las calles dormidas. Los muchachos llegaron al amanecer con media botella de aguardiente. Se sentaron a mi lado. Marcos preguntó por la herida de mi pierna, yo se la mostré y dejé que él me acariciara, igual que yo acaricio a las ratas del río, y temblé al sentir las manos frías de todos ellos por mi cuerpo. Marcos me obligó a tender sobre el pasto y me llenó la boca con sus labios olorosos a alcohol, dijo que quería quererme. Yo me llené de sueño escuchando las protestas de Andrés y escuchando una canción gitana que cantaba Nikolka y respiré agitada bajo el peso de cada uno. Ya entrada la mañana los muchachos me llevaron al puente, que quedaba tan sólo a dos cuadras, y luego se perdieron taciturnos en medio de la niebla. A mí me dio pereza bajar a dormir al tubo y me recosté, encogida como un plástico, contra la baranda. Desperté y vi que Andrés estaba velando mi sueño, jugaba con su bufanda y le tiraba piedras a las ramas que traía el río. Me habló de sus mañanas y de sus fiestas y me enseñó a lavar la cara. Bajó conmigo al tubo y me regaló una manta, y a la venida del colegio compró un perro caliente y me guardó la mitad.

Andrés vino ayer a deshora y se sentó a mi lado. Estaba triste por la viejita muerta, por los muchachos y por mí. Los voy a extrañar, dijo: en el centro no existen puentes ni parque y estaré muy sólo. Papá compró un apartamento en el centro y me voy, agregó, se acercó y me dio un beso en la mejilla. Se alejó silbando. Por eso yo no pienso moverme del puente, así venga Marcos y los otros y digan que quieren quererme, no iré. Y si Marcos se empeña en quererme, le diré que entonces deje aquí a Centauro o a Nikolka, y que ellos corran y me avisen si ven venir el cuerpo de Andrés sobre la creciente, escondido entre un colchón viejo.